

# UN SECRETO A VOCES

*Agustín Fontaine*

2003

## COMPARTIR NO ES UN DELITO



Esta obra está licenciada bajo una Licencia  
Atribución 2.5 Argentina de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite  
<http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/> o  
envíenos una carta a Creative Commons, 171  
Second Street, Suite 300, San Francisco,  
California, 94105, USA.

## **Introducción**

El año que estamos viviendo involucra de manera especial a dos de mis padres y a dos de mis madres. Papá Guillermo y mamá Eugenia, que fueron el moisés que recibió la vida dada por Dios. Los estoy viendo preparar la mochila para este largo caminar de conducir la región Austral de los Equipos de Nuestra Señora. Guardando lo esencial: capacidad de diálogo, de humildad, de fe y de confianza. Ha sido su vida matrimonial generosa la que me inclinaba en mi adolescencia hacia la vida conyugal. Luego comprendí que por encima de eso está el regalo de Dios. En su regalo, me siento llamado a la alegría de estar viviendo la vida salesiana.

Mi otro padre viene siendo Walter. No bajo la mirada cuando me habla. Miro atento, queriendo robarte la marca que van dejando tus últimas huellas como inspector. Ha sido tu generosidad salesiana que, como ondas en el agua, fue repercutiendo en mi andar religioso vocacional.

Mi otra madre, Teresa, esa viejita de Calcuta, hace seis años ya no pisa el suelo, aunque ella decía que si estaba en el cielo no se quedaría quieta, y andaría en la tierra, acompañando a los más solos. Extraño sus sembradores anchos pies y sus regadoras manos arrugadas, aunque admiro las flores que van naciendo hoy. Este año será beatificada. Sí, yo también pienso lo mismo, esto nos sirve a quienes estamos en la tierra. Ella está con Dios, con ese Cristo amado en la Eucaristía y en los que sufrían. Para ella morir no ha sido más que cruzar una puerta y encontrar lo que tanto buscaba. Quisiera que Teresa fuera una de las primeras personas que me reciban en el andén de esa terminal del más allá.

Yo no creo ser muy buen escritor, pero sí sé que expreso mejor mis preocupaciones, alegrías, sueños, pensamientos y vibraciones del corazón a través del papel que hablando. En medio del camino que voy haciendo en tratar de ser más expresivo de mis sentimientos imprimo estas palabras, en forma de libro, no porque así pueda llamársele sino porque tiene más forma de regalo.

Uno de los “culpables” de que yo ame la lectura fue José Luis Martín Descalzo. Publicó una colección de artículos titulados

“Razones para...” la esperanza, el amor, la alegría y otros. Pues bien, si debiera dar razón yo de por qué me siento como una de las personas más felices del mundo digo que es porque he conocido a Cristo y he creído en su amor.

Siempre me impresionó ese Jesús que pasó por el mundo haciendo el bien y enseñando acerca del Reino de Dios desde las situaciones cotidianas. Es ese saborear que lo simple está lleno de eterno, como ese Reino de Dios semejante a un grano de mostaza, a un puñado de levadura, a una semilla sembrada en buena tierra. Quise escribir simplemente *resonancias* de lo que Dios quiso decirme en estos pasos. Seguramente los próximos serán distintos y hasta pensaré de otra manera. Será ta vez esa una de mis mayores alegrías: ir encontrando nuevos caminos, reconfigurándome y volviéndome a editar, como texto corregido. Resonancias solamente, porque mi corazón no siempre está muy atento a su Palabra, como quien se hace lápiz para que Dios escriba lo que quiera, pero sabiendo que a mi lápiz no siempre lo he tenido con buena punta.

Si estos apuntes les sirven de algo *¡bendito sea Dios!* Si no, al menos, que les sirvan para aumentar la oración pidiendo al Señor que actúe sobre mi pecado, para que en mi debilidad se manifieste su Gracia.

“Siempre en oración, orando en toda ocasión en el Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos, y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el misterio del Evangelio” (Ef. 6, 18-19)

Quedaré siempre agradecido.

Agustín Fontaine, Agosto de 2003

## ***Un secreto a voces***

Cuando leí el título de aquel CD (*Un secreto a voces*, de Alejandro Filio) que Sole me regaló días atrás aseguré que si algún día editaba un diccionario definiría la palabra *vida* con las que puse como título.

A medida que voy acumulando calendarios tirados en el cesto de la basura me voy convenciendo cada vez más que nuestra vida se nos va contando día a día en secreto. Se nos presentan pequeñas circunstancias con aspecto muy silencioso, casi imperceptible, un zumbido escuchado sólo por quienes no están invadidos de ruido.

Así es como por la vida van muchos caprichosamente pensando con qué nuevo ruido interior podrían “llenar” sus vidas. Otros se han vuelto fieles amantes del silencio interior, a la espera de la cotidiana visita del secreto, ese secreto que les inspira su propio modo de vivir.

Es nuestra vida no más que eso, un secreto, un pequeño secreto que hasta pasa desapercibido, secreto inquieto y con riesgo de perderse en el tumulto de la gente si no es contado. Por eso es *a voces*. El secreto de mi historia y de la tuya, el de Madre Teresa o el de Ghandi, el de tu vecino y el del mío, se expresa a voces, la voz de la palabra, la voz de la sonrisa, la voz de los ojos atentos y alegres, la voz del abrazo, la voz de la escritura y de la poesía, la voz del caminar sereno... La voz, las distintas voces que expresan y comparten la grandeza de la vida.

Perdón si soy un poco reduccionista, pero insisto, si tuviera que definir qué es nuestra vida diría que es *un secreto a voces*, como aquella pequeña de Belén que recibió un secreto y se puso al servicio de su prima Isabel, a voces, expresó la grandeza que tenía dentro.

## ***Escribir el testamento...viviendo***

No me gusta que el título de lo que escribo sea ya la conclusión a la que quiero llegar pero en este momento no encuentro mejores palabras que esas cuatro.

Aún no soy muy viejo pero ya hace bastante que intento estar preparado para la muerte. No es que me quiera morir. Amo el mundo. Amo la vida y soy feliz en este jardín lleno de flores que es esta esfera donde vivo. Pero sí, espero la muerte y me preparo para ella, por la simple razón en las palabras de Galeano: ella es “la igualadora”. Algún día vendrá, cruzaremos la puerta y encontraremos lo que en la vida tanto buscábamos.

Pues bien, esta inquietud y preparación la vivo con mucha serenidad. En medio de esa serenidad me preguntaba acerca del escrito de mi “testamento”. En general por *testamento* se entiende aquello que uno quiere dejarle al mundo. Algunos dejan detalladamente la distribución del dinero: “una parte para fulano, otra para mengano...” De estos testamentos hay dos que vengo masticando y aún les encuentro un sabor amargo. Aquella señora que dejó todos sus bienes a su gato, me parece, que debe haber tenido vendas en sus ojos –y en su alma- hace ya mucho tiempo, porque no llegó a ver las necesidades del mundo en que habitaba. Aquel otro, que siendo millonario, destina el 2% de sus bienes a sus hijos y el 98% a los pobres, pero sólo después de que muera.

Otros dejan un escrito, que le dicen “testamento espiritual”, como el mensaje que quieren dejar a los suyos cuando ya no viva con ellos. No voy a decir que esto está mal. Y no quisiera tampoco renunciar a los testamentos como el de Don Bosco o muchos otros. Simbolizan, me parece, la expresión de que les gustaba vivir y convivir y que aún ya muertos querían seguir compartiendo su experiencia de vida.

Pero ellos, antes de escribir su testamento fueron viviéndolo. Lo escribían, sí, pero dejando la huella de su paso por el mundo. Lo escribían, sí, haciendo florecer el jardín de cada uno que tenían a su lado.

No me parece gran mérito seguir decidiendo después de muerte a quién reparto mis riquezas. Yo propongo, en cambio,

escribir el testamento...viviendo... y vivir sabiendo que si vivimos felizmente estamos dejando un mensaje a la gente y que justamente nuestro modo de vivir es el mejor mensaje que podemos entregar.

Dice el refrán: “más vale pájaro en mano que cien volando”. Pasarme horas y horas pensando qué dejaré a escrito como testamento me parecen cien pájaros volando. Vivir el presente como una constante entrega del propio testamento, como una posibilidad para transmitir un mensaje de felicidad es como tener un pájaro en mano.

## ***La ciudad desde la bicicleta***

Me encantan los autos. Siendo joven tuve la posibilidad de ir a un colegio técnico y era como una especie de rito el llegar a los dieciocho años y obtener la licencia para conducir. La trama de la película que vivía cada uno tenía en todos necesariamente que compartir una escena: dejar la bicicleta y "tomar las riendas" del automóvil.

Muchos afirman que uno de viejo vuelve a hacer lo que hacía de niño, que cuando el sol de la vida se va escondiendo volvemos a repetir cosas que hacíamos cuando se iba asomando. Sea esto cierto o no me parece que me estoy volviendo viejo muy pronto o que nunca quise dejar del todo algunas cosas de mi juventud.

Lo cierto es que cada día ando más en bicicleta que en auto. Y no porque no pueda andar en auto sino porque la bicicleta me va mostrando otra ciudad. En el auto uno tiene que preocuparse de tener el control del vehículo y de mantener distancia sobre los otros, sabiendo que un error es un choque y que hay vidas que corren riesgo de un accidente. Ya suficiente tiene uno con preocuparse con eso.

En cambio, en la bicicleta hay que vivir casi como un mandamiento la frase de que más que preocuparse hay que ocuparse. Ocuparse de contemplar la otra ciudad que se presenta ante nuestros ojos, la ciudad que la ligereza del auto no permite ver. En la bici he visto ayer gente encantadora que arregla su casa y su jardín, padres que salen a jugar con sus pequeños, "futboleros" de alma que aprovechan cualquier explanada para correr tras la pelota, trabajadores sacrificados fabricando ladrillos y cientos de situaciones nuevas.

Porque en la vida, como en la bici, el andar despacio abre un mundo nuevo, permite ver gente encantadora que el andar apurados no nos dejaba apreciar. Es la experiencia de aquel cantante de folklore argentino que decía: "Ando despacito, porque ya tuve prisa, y llevo la certeza de que muy poco sé, o nada sé..."

Así es, la prisa nos ciega ante la presencia de lo encantador que es vivir con la gente de la ciudad, mientras que el andar

despacio llena el corazón de las pequeñeces de este mundo, que son mucho más grandiosas que las cosas aparentemente grandes.

Desafío yo a los que afirman que en este mundo todo está mal a que quiten el polvillo de sus bicicletas y pedaleen unas horas contemplando el encanto de la vida de muchas personas de su ciudad... me parece que el mundo no está tan mal sino que el frenesí del hacer muchas cosas sin apreciarlas hace las veces del polvillo que ensucia los anteojos de nuestro corazón carcomiendo nuestra valoración positiva del mundo.



## ***¿Me cambiarías por un disquete?***

Hace no muchas horas estando yo fuera de la casa le dije a un conocido que al volver le enviaría un texto de tenía guardado en la PC. Llegué y el técnico de las máquinas había decidido cambiar algunas cosas, y entre ellas, se mudó hacia la nada todo mi almacenamiento de datos, escritos personales, trabajos para presentar, inquietudes y temas de interés, subsidios de formación y demás archivos que tenía meticulosamente ordenados en mi disco rígido.

Debo reconocer que al principio me movía entre la broca y la desesperación. Bronca por la ineptitud del técnico. Desesperación porque, me doy cuenta ahora, estaba un poco apegado a todo eso que tenía acumulado. Decía en mis adentros: *“todo lo que he perdido. Tanto bien podría haber hecho con todo eso. Tantas cosas había escrito sobre el paso de Dios en mi vida que al releerlas eran como caramelos para el alma... Tanto tiempo invertido en armar todo ese vademécum de intereses de los jóvenes y hoy eso está peor que quemado, porque ni cenizas quedan al eliminar datos de un mundo virtual...”*

Aún en medio de las ganas que tengo de tener en uso esos archivos nuevamente siento una voz interior que me dice: “Me elegiste a mí”. Simplemente y solamente eso me dice, repitiendo varias veces. Sí, es a Dios a quien elegí. Sólo a Él. Y si Él me pide que todo ese castillito de archivos se derrumbe para que no me encariñe con el castillito y sí con él, pues, allá voy.

Porque en la vida lo bueno y el bien que con eso podríamos llegar a hacer puede tener una sutil trampa, y ella jugarnos una mala pasada: estando acostumbrados a las cosas nos olvidamos por quién la hacemos.

Allá queden entonces mis escritos, mis trabajos de clase, mis temas de formación y todo lo que tenía grabado, todo el bien que podría haber hecho. Yo me voy con quien me pidió que lo deje todo, incluso hasta los bienes pequeñitos.

Aún me parece hoy más cierto el refrán de que “no hay mal que por bien no venga”. Al menos a mí, el error del técnico en PC me ayudó a centrar la mirada en aquel a quien he prometido la vida.

## **Llorar en mi cuaderno**

Querido cuaderno de apuntes: Gracias por existir. Hoy no sé qué haría sin vos. Disculpame si te mojo con una lágrima, pero las personas muchas veces necesitamos llorar. Disculpame, sí, porque hoy como ayer tengo esa necesidad. Me preguntarás por qué ayer no lloré sobre ti. Te lo explicaré mejor.

Antes yo me iba a caminar solo por la noche y lloraba ante mi descontento por estudiar lo que estudio. Nadie más que Dios se enteraba de mi llanto y aunque el día lo pasaba sonriendo las lágrimas invadían la noche, cada noche.

Luego mis formadores me pidieron que sea más expresivo... y me fui al otro extremo. Me quejaba todo el día del tipo de estudios y le hacía notar hasta al más mísero pajarraco que no me gustaba la filosofía que veíamos. Era un modo particular de llorar, más expresivo, *más publicado*: todos lo sabían. Con eso me ahorraba llorar de noche, pero no solucionaba nada.

Ahora me piden que no me queje tanto ya que no hace falta que todos se enteren que no me gusta lo que estudio. Pero, cuando las personas estamos a disgusto con algo, hasta que lo solucionemos, de algún modo tenemos que expresarlo. Recurro a vos, querido cuaderno. Dejé que mi llanto repose en vos, ya que vos no me dirás como los faltos de fe *“si no te gusta dejala”* ni lo justificarás como los otros que me dicen *“si es Voluntad de Dios no hay por qué discutir o quejarse”*

Perdoná, si a lo largo de este tiempo las lágrimas caen sobre vos y se desplazan en forma de palabras a lo largo de los renglones, pero vos en este tiempo me escuchás sin la presión de responderme.

Los hombres tenemos necesidad de llorar nuestros disgustos. ¿Serás vos, querido cuaderno, el mejor envase para mis lágrimas? No lo sé. Hoy sí. Aunque viva en la noche, pequeña libreta, sos la luz que dilata mis pupilas.

## ***He encasillado tu pensamiento***

Los estudiantes de filosofía atamos como en un ramillete a las personas por lo que dicen y les ponemos, en general, un rótulo. Está tan metido en nosotros el caracterizar un pensamiento y el estudiar a ciertos pensadores que cuando alguien dice algo enseguida decimos “Ay, que platónico” o “suena bastante tomista”; “demasiado hegeliano”; “Nietzsche puro” o bien, “muy cartesiano”. Sin darnos cuenta escuchamos a los otros y los metemos en los casilleros que conocemos y desde entonces “Juan Pablo es tomista”, “Pedro es Kantiano”, “Diego es platónico”... y nadie es él mismo.

Poco a poco vamos dejando de escuchar a quien nos habla en todas sus expresiones y nos limitamos a captar tres o cuatro rasgos de lo que alguien dijo para ubicarlo en uno de los casilleros. En ese momento me gustaría dejar de ser filósofo (aunque no sé si en este mundo hay alguien que no lo sea, haya estudiado o no) para escuchar del otro todo lo que dice y valorar lo que dice simplemente porque lo ha dicho él, no porque sea similar al pensamiento de otro.

Por eso yo escribo, y escribo lo que pienso. Si soy kantiano, aristotélico o lo que fuere nunca lo he dicho. En todo caso, si me preguntan de qué línea filosófica soy déjenme que les diga que soy “agustínfontainesiano”, es decir, que soy yo mismo, con alguna virtud y con cientos de defectos, pero en definitiva sigo siendo yo mismo. A la vez no pretendo que otro sea “agustínfontainesiano” sino que cada uno sea quien tiene que ser y así Juan Pérez que sea “Juanpereziano” y José Cadorna sea “Josecadorniano”.

Quizá podamos así saber que las personas valen por ser ellas mismas y por decir y escribir lo que tienen que decir y escribir, o sea, expresar lo que hay en ellos. Tal vez nosotros podamos valorarla por ello y no por ser parecidas a Platón, a Descartes o a Marx.

Claro, eso implica una pretensión bastante elevada: compartir mis ideas pero deseando que el otro no piense como yo. Si le sirven bien, pero que le sirvan sólo para ser él mismo.

## ***El arte de decir el bien***

Mi maestro de novicios nos dijo un buen día, con toda naturalidad, una receta de vida que nunca pude olvidar, porque abarca y une dos realidades con una sencillez tan grande que me da escalofríos. Pausadamente y serenamente, como siempre hablaba él, dijo que un verdadero ejercicio de amor es el de decir y desear el bien a los otros en todo momento. Recuerdo como grabado a fuego el ejemplo que nos propuso: “cuando ponen la mesa para el almuerzo pueden desear el bien al que va a comer en este plato, al que va a tomar en este vaso... y así con todo.

Creo que si mi vida fuera una película ese día sería como uno de los golpes de escena, aunque casi invisible, que ha hecho que mire el mundo siendo el mismo pero con lentes nuevas. Porque, desde entonces, camino bendiciendo, diciendo el bien a los que viven en las casas que están a mi lado, a los que trabajan en tal o cual local comercial, a los que caminan apurados por la peatonal, a los que conducen su automóvil por la ciudad, a los que caminan por los lugares que yo limpio con la escoba, a los que fabricaron este lápiz con que escribo, o el equipo de audio que de fondo me acompaña en este momento.

Me parece que desde ahí comencé a vivir en otro mundo. Quizá mi aspecto no haya variado mucho pero una trama invisible se va tejiendo, dándome paz y alegría interior. Porque el taxista no es el impaciente que toca bocina, sino el *bendito* impaciente que toca bocina... y viviendo así uno comienza a cantar a dúo con Perales: “Hoy he encontrado en el mundo por fin gente maravillosa”

Si me preguntaran cómo cambiar el mundo les diría que hay dos modos: el que nunca ha resultado y el que sólo algunos grandes corazones han probado. El primero es derrocar al presidente o al guerrillero de tal o cual país, con lo que seguramente lograremos que otro venga y haga lo mismo que el anterior... y nada cambie. El segundo es el de llenar el mundo de sencillas semillas, esparcir las aunque nadie las vea. Creo que el arte de decir el bien es una de ellas. Quién sabe cuando y donde crecerán, pero seguro que crecerán.

## ***En mis tiempos...***

Me provoca siempre rechazo escuchar a personas mayores que yo que dicen a cuatro vientos la frase “*en mis tiempos... tal o cual cosa*”. Uno me dijo: “*en mis tiempos los jóvenes no estaban tan desorientados*”; otro “*en mis tiempos se aprendía más que ahora*”. Todos hemos escuchado de alguna persona mayor esta frase. Recuerdo que a uno con el cual tenía la confianza suficiente para expresarme le dije: “*estos son tus tiempos... ¿acaso hoy no estás vivo?*”

Claro, muchas veces, por querer sentirnos ajenos a los males de este tiempo hablamos de nuestro tiempo como una cosa lejana y eso nos sirve o bien para no hacernos cargo de los problemas que atañen a este mundo, o bien para ejercer el arte de criticar, y no nos damos cuenta de que en vez de salvarnos de los problemas estamos *izando* nuestra bandera con la inscripción de “semimuertos”

Yo les diría que aquello que ellos laman su tiempo está mucho más cercano de lo que creen e incluso Dios les está dando el tiempo actual y lo están perdiendo en criticar cómo lo viven los demás. En todo caso, que las generaciones menores vivan como viven (bien o mal, felices o infelices) es responsabilidad, en parte, de los que les precedimos. Si nos fuimos matando en el interior antes de que nos llegue la hora las generaciones siguientes serán objeto de nuestra *semimuerte*. Si nos fuimos multiplicando, dando vida con nuestra forma de vida espejaremos hacia los otros la luz del sol.

Con sus “*Diálogos de Carmelitas*”, Bernanos pone al hombre como libre de ponerse en lucha entre el bien y el mal. El que entra en el planteo vive con el riesgo de moverse en los dos planos, pero tiene la posibilidad de crecimiento. En cambio, el hombre puede no querer entrar en esa lucha, separarse por miedo, colocarse fuera de la cuestión, y es ese el momento en que realmente ha muerto.

Tu tiempo es este. Tómallo o déjalo. Pero es este. El de antes ya pasó. El que viene ¿quién asegura que vendrá? Si mis tiempos fueron sólo aquellos ¿qué estoy haciendo que aún vivo?

El pueblo de mis padres y abuelos siempre fue muy pintoresco, era ciertamente un lugar donde lo natural salía hasta por las orejas, donde si el aire se vendiera este pueblo sería uno de los más ricos del mundo.

Hace apenas dos días estuve allí, caminando, corriendo, mirando y quedando boquiabierto por su belleza, volviendo a ser como niño, sin importarme mucho la hora, ni preocuparme demasiado por haberme mojado una hora gracias a la imprevista lluvia. Muchas cosas he pensado en esas largas caminatas porque donde hay silencio el corazón habla. Entre las tantas hay una que no quisiera olvidarme y que para que mi débil memoria no vuelva a defraudarme rápidamente la paso a papel.

Pero el pueblo de mis antecesores hoy se ve invadido por centenares de personas que en el verano van a usar sus vacaciones para poder *descubrir* a algunos que viven “más allá”, según dicen. Para encontrar lo que normalmente llamamos *extraterrestres*.

Y la gente del pueblo –algunos- crearon todo un entorno haciendo creer a los turistas que este pueblo es el lugar elegido por los extraterrestres, como un *aeropuerto predilecto*.

En realidad, mi intención no es hablar de los extraterrestres, aunque sea el nombre que le di a este artículo, sino hablar de los que nos quedamos de este lado, pisando la tierra, porque creo que más allá de que haya o no extraterrestres el pensar demasiado en ellos puede ser una hermosa y atrapante forma de evasión. Sí, es fácil dedicarle la vida a quien está lejano y borrar del propio mapa al vecino de la vuelta.

Prefiero yo mirar y acercarme al que tengo al lado, no sea que me pase lo que le pasó ese viejito, que recorría cinco kilómetros diarios para buscar en el almacén el mejor trigo para su pan sin saber que el que cosechaba el trigo era su vecino y se lo hubiera regalado con gusto.

Así es como casi siempre vamos inventando en la vida extraterrestres porque parecen ser el mejor trigo para determinado pan, pero no nos damos cuenta que el que está a nuestro lado tenía una riqueza que con gusto nos ofrecería.

## **Ladrón de esperanza**

En la parroquia cercana a casa conocí a una chica que participaba activamente en la vida parroquial, entregada, en muchos ámbitos, al trabajo por el Reino, al cuidado y a la enseñanza de los niños, siempre sonriente y con ganas de contagiar alegría.

Yo conocía muchos casos de jóvenes que viven la espiritualidad de “*payasos de circo*”, sonrientes en escena, pero tristes en el resto de sus vidas. Pero este no es uno similar a ninguno de ellos. Es muy distinto. Mi amiga era realmente feliz. Y ella lo sabía. Pero había algo... algo que la angustiaba. Yo la escuchaba tranquilo, como quien supone que será una conversación pasajera. Todo mi ser estaba en estado de *equilibrio*, hasta que en un momento me dice “*ya no doy más. Me quiero matar. No quiero seguir viviendo*” Fue como agregarle un ladrillo a una pequeña balanza. Fue como si me hubieran empujado desde el avión... sin paracaídas.

Si otra persona me lo hubiera dicho era igualmente trágico, pero *menos inesperado*. Pero, ¿de esta feliz persona? Todas las “recetas” estudiadas, las concepciones y corrientes sobre el hombre se acercaban a mi cabeza y sólo me permitían decir en mi interior *¿qué le digo?*

Pasado ese tiempo mi pensamiento último no deja de girar en torno a eso. Dan vueltas las conocidas *noches oscuras* que tuvieron que atravesar algunos santos como Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, y en estos últimos tiempos la Madre Teresa de Calcuta. Empiezo a vislumbrar que, como en todas las ciudades y pueblos, existe un ladrón de esperanza. ¿Qué peor robo existe que el querer robar la esperanza? Porque cuando uno pierde la esperanza lo pierde todo.

Pero este ladrón es uno de esos que se entregan plenamente a su oficio. Cuando roba... roba en serio, pues no se mete con los mediocres o aguados para robarles. No. Diría el viejo refrán “*no vale gastar pólvora en chimango*”. Prefiere salir y gastar todo su armamento en las personas que más aman a Dios, que mejor viven su vida, en las que están tercamente empeñadas en hacer el bien a los demás. Fue esa la experiencia por la que tuvieron que pasar

aquellos que nombré antes. Fue lo que tuvo que vivir Madre Teresa. Así lo contaba ella:

“¿Qué verdadero provecho saca Dios de mi mientras estoy en este estado, sin fe, sin amor, sin siquiera un sentimiento?”

¿Qué creyente que algo ha sufrido no se ha hecho esa pregunta alguna vez? ¿qué provecho saca Dios? Y es que el diablo, o como le quieran llamar, elige el mejor camino para ganarse a uno para su *reino*, robar primero la esperanza, porque desde el día en que la espera falta se ausenta el deseo de hacer las cosas bien, tan bien como la haría una chica que espera a su novio con toda la casa limpia. Y a la larga uno tira todo por la puerta y se va de este mundo cerrándolo de un portazo.

Grandes son esos que habiéndolo perdido todo aún conservan la esperanza, los que conteniéndose de dar un portazo dejan entreabierta la puerta para que pase una luz, la luz de la esperanza.



## ***Multiplicadores de guerra***

Casi como quien cuenta que fue de compras o que salió a barrer la vereda llegan, por estos días, las noticias de la guerra en Irak. Un periódico dice que murieron quinientos mientras que otro se inclina por “solamente ciento veinte”. Yo me pregunto si realmente alguien podría asegurar cual es la cantidad de personas que por esta causa van muriendo porque, es verdad eso que dicen que en la guerra mueren muchos más de los que mueren.

Me explico mejor: en primer lugar quiero decir que mueren mucho más los que matan que los que mueren. Ha muerto en su interior su conciencia, su valoración de la vida, su capacidad de amar al que es y piensa distinto, su conciencia de que el otro que está en frente tiene una familia que espera, como asomada por la ventana, su regreso.

Pero, además, junto a esos que mueren y a esos que matan, es decir, a los que están en la zona del conflicto, hay detrás un mundo entero que en esta situación toma de las más variadas posturas. Hay quienes se empecinan en multiplicar la guerra en los lugares donde habitan diciendo *“a tal o a cual habría que matarlo por lo que está haciendo”* o también *“yo les metería una bomba a todos para que aprendan que no son los reyes del mundo”*. Como éstas he escuchado cientos de frases y de pensamientos que matan su propio corazón y quieren sin darse cuenta matar el corazón de quienes lo rodean. Suben al tren de la guerra y en cada estación la siembran, esparciendo ese tipo de comentarios en la vereda, en el almacén, en el lugar de trabajo y en su club deportivo.

Son los que sin querer se ocupan de que no sólo sean ciento veinte o quinientos los muertos (que aún siendo uno sería mucho) sino cientos de miles los que con la bronca en su corazón permiten que la guerra se multiplique en los confines de la tierra. ¡En la guerra, mueren muchos más de los que mueren!

Prefiero, en cambio, los que casi tercamente eligen sembrar la paz. Sembrar, no luchar. Luchar por la paz, a la larga engendra violencia. Sembrar, en cambio, es una actitud más del corazón, que se dedica a amar a los otros en las actividades cotidianas y que en

nombre de la humanidad pide perdón por todos los males que comete.

Martin Luther King, Mahatma Ghandi, Teresa de Calcuta: he ahí el gran atractivo de nuestro tiempo: sembradores de paz, personas que aman al otro más allá de toda ideología, lengua, color de piel, pueblo o nación.

A raíz de un libro muy bueno que me regalaron estaba yo escribiéndole a quien me lo había obsequiado y le agradecía no sólo porque yo había estirado un poquito más mi corazón al leerlo sino también porque él estaba ahora peregrinando por las calles de mi Córdoba natal.

Luego de leerlo pensé: “Agustín, la alegría no puede quedar guardada muy ordenadamente en una biblioteca. Haz de tus libros apóstoles”. Y fue así como le presté a un amigo el libro, al que llamo mi primer apóstol encuadernado. También él estiró un poquito su corazón al leerlo. Y luego le presté a otro y ese se lo prestó a su madre; su madre se lo recomendó a una amiga y ya casi le voy perdiendo el rastro.

Pero ese primer apóstol encuadernado me hizo pensar para qué tenía mi bibliotequita llena de unos pocos libros juntando tierra. Y empecé a repartir algunos más. Primero los más conocidos por todos y después los que yo consideraba muy valiosos y que no me animaba a perder si es que el otro no me lo devolvía.

Aún hoy me animo a dar un paso más. A quien me diga que le gustó un libro que le presté le voy a decir que se lo regalo. Pero no voy a ser tan generoso. Hoy voy a ser un poco pretencioso y le voy a pedir que lo vaya prestando, que lo haga siempre apóstol, que lo ofrezca de casa en casa, a sus amigos, a sus vecinos, a los que necesitan que un apóstol encuadernado les visite el corazón y se los ensanche. Así no habré perdido el libro sino que lo habré enviado. Y el enviado es capaz de multiplicar. Sí, ya se, ya no lo tengo en mis manos... pero, en fin de cuentas, al cielo ¿subiré con mi bibliotequita a cuestras o con cientos de corazones ensanchados?

## ***Se solicita interés, dijo el despeinado***

Nuestras grandes ciudades van mostrando cada día más la variedad, la diversidad de nuestra cultura. Van desapareciendo los “soldaditos fabricados en serie”, con la misma ropa, el mismo corte de pelo y los mismos peinados y se van multiplicando las personas que eligen su propio estilo. No faltan aquellos resistentes al cambio que comentan a todo el mundo *“Qué terrible... si yo me cortaba el pelo así me echaban de la casa”* Terrible, sí, si por eso la echaban de la casa. Yo disfruto más de ver aquellos padres que aunque sus hijos se hagan cortes de pelos raros ni siquiera insinúan con echarlos. Me parece que demuestran que aman más a sus hijos que a cualquier peinado prolijo.

Pero sin duda que el peinado y la ropa muestran en cierto sentido un determinado modo de expresión. Yo tengo muchos amigos con estilo “raro” de peinarse. Uno de ellos, quizás cansado de recriminaciones de la gente me dijo el otro día: *“yo quiero que se interesen por mi, por lo que siento y lo que vivo, y no tanto por mi peinado”*. No se si mi corazón se paró o comenzó a latir más fuerte en ese momento, pero si de algo estoy seguro es de que ya no fue el mismo. Fue como un campanazo en el corazón. Un golpe fuerte y luego miles de vibraciones que aún hoy hacen resonar mi corazón.

Hoy me da la impresión de que cada día que camino por la calle y me cruzo con alguno de esos jóvenes todos tienen una pancarta que repite: *“Interésense por mi, y no tanto por mi peinado”* Y es que en el mundo me parece que hay más jóvenes necesitados de que los quieran, de que les hagan un lugar en su corazón, de que les pregunten cómo va su vida, sus búsquedas y pérdidas, aciertos y desaciertos, que necesitados de grandes maestros de estética y sugeridores de peinados.

Claro que es mucho más fácil criticar a uno o a otro por su peinado, pero seguro que eso crea una barrera para entrar en el corazón del otro. Yo detrás de muchos de esos peinados he encontrado grandes corazones ensanchados, corazones amantes, corazones transparentes.

Oh, poemas, poemas  
No será la primera vez  
Ni la última que los vea.

Oh, poemas, poemas  
en la biblioteca gritan  
para que alguien les lea  
y en los corazones aturden,  
acarician,  
sueñan...

## ***Ladrón encubierto***

Le he robado a la vida  
aunque ninguno se entere

He robado al sol sus rayos  
de mañana cuando nacen  
y por la tarde, cuando mueren.

Me he adueñado de estrellas  
sin pedir permiso  
a quien dueño fuere.

He robado al viento  
la música expresada como cuento  
al rozar con un árbol y otro luego.

He robado a las flores  
sus arcoiris de aromas  
y los colores más bellos.

De quebradas y valles  
sin que lo sepas soy dueño  
extraje de cada una  
paisajes que vida me dieron.

Si condenarme alguien quiere  
motivo ya tiene  
he vivido esta vida  
robando  
aunque ninguno se entere.

### ***Caminante sin rumbo***

Sales caminante sin rumbo  
solo con hora de volver  
ganando altura te pierdes  
me dices: "es para ver"  
algo raro, no lo entiendo  
pues descansas al caminar  
hablas con vacas y piedras  
bendices aquel pajal.  
Caminante eres misterio  
cuando te veo marchar  
un paisaje siempre nuevo  
adorna tu alma al regresar.

## ***Ojos raros***

Ojos raros que me diste  
no muy bellos  
poco expresivos  
urgadores de todo paisaje  
brillantes ante el sol naciente  
curioseadores del cielo nocturno  
chuzmeadores de libros  
desperdiciadores de vanidades  
lagimadores en las despedidas.



### ***Sol de noche***

Dormir mis ojos no pueden  
magnífica luna llena  
¿qué hay en ti  
que no se despegan?  
Ven lo mismo de siempre  
o todo nuevo, no lo se.  
Me levanto y ya te fuiste  
almacenarás luz otra vez  
mañana darás otro espectáculo  
¡quiero volverte a ver!

### ***Pequeño retiro***

Cruzando alambrados  
hacia el campo entro  
perdiendo seguridades  
descubriendo lo nuevo  
anhelando silencio  
para algunos terrible  
para mi bello.

Las plantas calladas  
se mueven al viento.  
Música de fondo  
son pájaros al cielo  
de la Palabra divina  
que invade mi cuerpo

## ***Filosofía/1***

Clases de filosofía  
industrias de poesías  
perdón profesores por no escucharles  
en el corazón  
algo coloreaba mi sangre  
dominando la mano  
alineando versos  
uniéndolos  
mientras surgían.

## ***Filosofía/2***

Catedrales del conocimiento  
débiles tiendas del amor  
ay, filósofo, corres el riesgo  
de perderte lo mejor,  
la Palabra dada al hombre  
único camino de salvación.

### ***La noche se nos viene encima***

No es ya el celeste manto,  
cielo que cubre el suelo  
es ahora todo negro  
aunque agujereado por estrellas  
pequeñas pero bellas  
resplandeciente  
reclamando que la adoptes  
una de todas ellas.

### ***Cordillera en punta de pies***

Nuevas paletas de colores  
creabas en cada atardecer  
si te acuestas sol, te extraño  
y ansío tu vuelta  
si en el ocaso no te pierdes  
no llegaría a desear  
que te despiertes.

Sinuosa ruta de deshielo  
te deslizas como agua  
color nieve, blanco y fresco  
reflejas al sol, acaricias al suelo  
eres la pureza  
aunque me invada el invierno.

Siluetas de cordillera  
nunca encontraron mis ojos  
una más bella  
silueta eres costura  
uniendo telas  
la del cielo  
y la de la tierra.

A mis manos la nieve cosquillea  
su interior frío las quiebra  
se asoma sin permiso mi niño  
juega  
olvidando lo que hombres y mujeres  
llaman tiempo.

Si de abundancia de corazón  
la boca habla  
montaña gigante  
qué habrá dentro tuyo  
pues por fuera mil voces cantan.

Paisajes de cordilleras  
pretenciosos ante ti mis ojos eran  
fotografiar cada instante  
almacenar cada secuencia  
brillaban al verte  
lagrimean cuando te recuerdan.

### ***Vísperas de la vida***

Me voy por la tarde  
a robarle al sol sus últimos rayos  
a quitar de los cerros sus últimos colores.  
Así quiero vivir las vísperas de mi vida  
como un pastor de pasos lentos  
juntando alrededores  
exprimiendo el tiempo  
amando la vida  
conquistando los sueños.



### ***Un secreto... a voces***

Si definición de vida  
me pidieran  
palabras más acordes no encontraría  
es la vida, simplemente  
un secreto...  
a voces.

Secreto, que se escucha  
sólo haciendo silencio  
como el que hace el caminante  
al comenzar su sendero.

Secreto que es sólo oído  
por quien está bien dispuesto  
por quien simplemente urge  
en sus adentros el misterio

Secreto, no más que eso.  
Grandioso y pequeño.  
Revelación desplegada  
a través del tiempo.

Secreto, pero inquieto  
como niño que aprende a gatear,  
a caminar,  
y luego a hablar.

Y entonces... a voces.  
no puede quedarse dentro  
sino expresarse  
hasta lo lejos.

Quien con las manos  
quien con los versos  
alguno con la boca  
otro con el silencio  
distintas son las voces  
que cantan un secreto.

